

## Palabra del Señor a los que sufren, a los enfermos...

¡Hijos Míos tan queridos!

Vosotros, que estáis sufriendo en este momento, qué cerca os encontráis de Mi Corazón.

Quiero que sepáis que Me conmueve el sufrimiento humano: Me vuelvo ciego ante todas vuestras culpas, vuestros errores y descuidos y cuando Me invoca un ser humano dolorido, temeroso y atormentado, Yo, vuestro Señor, Padre y Redentor, el Dios de la majestad infinita y del poder, acudo inmediatamente a Mi hijo para hallarme a su lado, ayudarle y calmarle. No hay madre que os ame con un amor más ardiente, que muestre mayor solicitud y que os cuide con mayor vigilancia que Yo, Jesús, vuestro amigo, puesto que sólo Yo he ofrecido Mi vida y he pagado vuestra redención con Mi propio sufrimiento. Conozco el dolor del cuerpo humano, su temor, las angustias de las previsiones. En la noche del Olivo he vivido no sólo Mi futura pasión, sino que he conocido vuestra ingratitud, vuestra futura insensibilidad, vuestro odio contra Mí, el rechazo de Mi Sacrificio — que iba a hacerlo por cada uno durante miles de años — y sin embargo no he retrocedido porque Mi Amor a vosotros era más fuerte que todas vuestras culpas presentes y futuras, era y sigue siendo infinito.

Quiero que aprovechéis el tiempo de la Misericordia que os doy. Es éste un Don de Fraternidad. Si concertais Connigo, Jesucristo, vuestro Redentor, una hermandad en el sufrimiento, uniéndola con Mi Sacrificio de la Cruz, aunque fuera pequeño y de poca importancia comparado con la espantosa muerte del crucificado Dios-Hombre, previamente torturado espiritual y físicamente, — aquella hermandad seguirá durando en la eternidad y ella os protegerá en cuanto a la Justicia de Dios en el resplandor de la infinita santidad de la Santísima Trinidad.

Ya que no puede ocurrir que Yo, el Dios de la Misericordia, el Amor que perdona, rechaze a quienes Me hayan invocado en el sufrimiento y angustia. Por eso disfrutad del tiempo que os ha sido dado para que podáis permanecer Connigo, sin temer por el estado de vuestro espíritu, sin avergonzarse ni recelar — frente a vuestra miseria y pecados — delante de Mí — médico de vuestras almas.

Una madre no guarda resentimiento por sus culpas al niño enfermo, aunque fuera perverso, falso y le faltara al respeto. El niño está sufriendo — y eso basta para que la madre lo olvide todo salvo que su niño la necesita. Igual que Yo.

Cuanto peor os sentís, tanto más sigo siendo indispensable, tanto más corro hacia vosotros y si solamente vuestra voluntad dice "ven" — Me presento inmediatamente y Me quedo a vuestro lado. Nada Me puede apartar de vosotros: ni vuestro pecado, ni vuestro enojo, ni prejuicios anticipados, odio o indiferencia. No quiero verlos ni acordarme de ellos. Yo sé únicamente que mi hijo se halla en peligro, que se encuentra aislado, temeroso, perplejo y que su corazón está llorando. Y Yo entonces tengo para él: ternura, dulzura, bondad, comprensión y una paciencia inagotable. Por eso no Me temáis, no Me eviteis, ya que Yo puedo aliviaros, ofreceros la paz y colmar vuestra hambre de sentimiento con Mi Amor. Yo lo puedo todo. Soy el mejor médico. Deseo servirlos con Mi poder, Mi fuerza, Mi ánimo, llenar vuestra soledad con Mi amistad, traeros la esperanza y la seguridad de Mi Amor. Cuando Me encuentro a vuestro lado os quito todo temor. Os hago mucha falta Mis pobres, indefensos, doloridos y tristes hijos.

Aprovechad el tiempo del sufrimiento — tiempo de Gracia y Misericordia — porque está lleno de Mis dones para vosotros, de Mi compasión.

¡Hijos! Os he dedicado el Sacramento de los Enfermos — Mi acto de perdón por el cual borro todas vuestras culpas, sobre todo las que tocan a vuestros hermanos. En él soy Yo quien se encarga de vuestras deudas relativas a la Justicia del Padre y Yo las pago con Mi propia Sangre derramada por vosotros para que os encontréis libertados. Entonces, ya purificados y felices, podéis entrar directamente en Mi Casa, que constituye la plenitud del gozo. Porque Yo deseo tanto sosegar vuestro dolor, colmaros de Amor, evitaros el Purgatorio — período de confusión, dolor de alma, pena y expiación. A cada uno de vosotros, que está sufriendo, quisiera coger en Mis brazos y llevarle con la mayor delicadeza, dormido sobre Mi Corazón, por el umbral de la muerte a Mi Reino. En Mi presencia la muerte no tiene poder sobre vosotros, no existen ni miedo, ni angustias. Pasáis de la vida a la Vida Conmigo en la felicidad de la alegría eterna. Jamás he frustrado a nadie que puso su confianza en Mí. Además soy también El que cura y el Sacramento de los Enfermos puede transformarse para vosotros en un camino que conduce a la salud del cuerpo y curación de vuestras almas. Yo mismo elijo para vosotros lo mejor. ¿Y quién conoce y comprende mejor a cada uno de vosotros que Yo...? Es por que no hay que temerme. Yo soy vuestra Vida, el Alma de vuestras almas. Me necesitáis igual que el cuerpo necesita luz y agua, aire y sangre.

Y vosotros, hijos Míos particularmente amados, me sois necesarios. El tiempo del sufrimiento, de la perplejidad, del temor y de la tristeza — es el tiempo de Mi Gracia. ¿Sabéis vosotros que podéis obtener entonces todo lo que Me pedís? Sobre todo cuando me estais pidiendo uniendo vuestro estado a Mi Pasión Redentora, ya que entonces rogamos juntos al Padre. Sí, juntándoos Conmigo, rogasteis por la felicidad, la paz y la reconciliación para el mundo, podríais conseguirlo para la humanidad entera... Yo, frente a un ruego desinteresado de un hombre débil y doliente, abro Mi Corazón a tal ruego no pudiendo resistirlo.

La gente me invoca mientras continúa viviendo en la suciedad y el pecado y tan raramente me ruegan por Bienes Verdaderos. Mirad la tierra. Está toda amenazada. Continuamente siguen pereciendo hombres asesinados por sus hermanos, aumenta el hambre causada por la indiferencia de los saciados, se multiplican los crímenes, la corrupción, desnaturalizaciones, toda clase de degeneraciones psíquicas humanas, aparecen nuevas enfermedades, nuevas contaminaciones, nuevas razones belicosas y nuevos motivos para causarse sufrimientos mutuamente. ¿Y cuántas familias desintegradas viven en vuestro país? ¿Cuántos niños huérfanos y tristes? ¿Y a cuántos no les dejaron vivir por culpa de sus padres y familiares? ¿Qué estragos produce el alcoholismo, cómo se intensifica el uso de la droga, crece el odio mutuo, la envidia, la codicia, el egoísmo, las intrigas...?

Yo os excluyo, hijos míos, por cierto tiempo de aquella atmósfera tóxica de concupiscencia y que corre hacia la posesión, de lucha por objetivos mezquinos y asuntos de poca importancia, para que podáis ver su nulidad frente a la única justa causa — Mi combate por vuestra salvación. ¡Os pido que me prestéis vuestra ayuda para ello!

Estoy luchando por la dicha infinita para cada uno de vosotros. Y no hay quien sea menos amado que los demás. A cada uno le quiero por él mismo, distinto de los otros, amado con tanta fuerza que le he dado la suerte de escoger lo mejor, lo que le hará feliz no por breve, sino por toda la eternidad. Quiero que cada uno comprenda que es él mismo el más importante para Mí. Aunque fuera considerado como superfluo, solitario, abandonado, anciano y perplejo, despreciado y tratado con desdén por los demás — es querido por Mí y querido de manera muy intensiva, ardiente, tanto más, cuanto menos amor humano le fue brindado. Pues cada uno de vosotros ha obtenido su existencia por Mi Amor que desea conceder dones y hacer la feliz. Y os he concedido plena libertad para que podáis escoger libremente la vida que deseéis — Conmigo o bien fuera del

Amor para la eternidad. El mundo os alucina y os engaña, la gente rara vez se muestra cariñosa, servicial, buena. Todos os agitaís y os cansáis, dolorosamente probados, rechazados, engañados. Vuestros errores y culpas son generalmente una culpa común. Por eso os ayudo así, os defiendo, protejo y quiero vivir en estrecha amistad con cada uno de vosotros y no condeno sino explico. Sois todos tan endebles, inconstantes, la caída fácil y es por eso que disponéis siempre de Mi poderosa Ayuda y eso a cada llamada, incluso la más discreta.

Sin embargo cuando estáis enfermos, sufrientes, doloridos, entonces Yo mismo, incluso sin esperar una llamada, os rodeo de Mi Protección. Lo perdono todo y no veo sino vuestra mala condición. Y entonces os ofrezco el tiempo de la Gracia y de Piedad. Y ahora os pido a vosotros que podéis comprender Mi cuidado por la humanidad. No malgastéis, no rechazéis Mi Don. Interceded uno por otro, entregadme vuestras tribulaciones, ofreciéndolas por quien queráis. Existen muchas necesidades. Toda la tierra está llorando. Tened piedad de vuestros hermanos extraviados, desdichados y rogad por ellos, ofreciendo vuestros sufrimientos cotidianos por vuestras familias, médicos y personal médico, por la Iglesia, por la Patria, por los moribundos, los solitarios y agonizantes... — según os lo manda vuestro corazón.

Pedid, ya que nunca nadie ha sido tan atendido como alguien quien sufre. ¿Quien tiene tanta gracia como vosotros? ¿Y quien puede ayudarme si no vosotros? Rogad, hijos Míos amados, rogad por el mundo, por vuestros prójimos y entonces Yo rodearé a los que rezan y a los cuales por los que se está rezando con un solo Amor Ardiente. Y entonces no perecerá ninguno de vosotros y seréis benditos por los que alcanzarán el Cielo gracias a vosotros.

¡Ayudadme, Hijos, a salvar el mundo!